

El Evangelio de hoy nos presenta la conclusión del capítulo sexto de San Juan, que expone la revelación acerca del "pan de vida" y que nos ha ocupado durante cinco domingos. Es significativo que en el Evangelio de San Juan, que tiene 21 capítulos, un capítulo entero, el más extenso de ese Evangelio, esté dedicado a este tema. Este sólo hecho pone en evidencia su importancia. En efecto, se trata de la revelación acerca de la Eucaristía, que estaba destinada a ser "fuente y culmen" de todo en la Iglesia fundada por Jesucristo. Esa revelación responde a la pregunta: ¿Cuál es el pan de vida que baja del cielo? ¿Quién lo da? ¿Dónde se encuentra hoy? ¿Qué virtud tiene?

El capítulo va progresando según el método típico de exponer semítico que consiste en olas sucesivas, en que, retomando lo adquirido, se va ganando siempre en profundidad. El domingo pasado examinábamos el rechazo indignado de los judíos ante la declaración de Jesús: "Yo soy el pan del cielo... el pan que yo daré es mi carne, ofrecida en sacrificio por la vida del mundo". Este rechazo obligó a Jesús a reafirmar el sentido literal de sus palabras: "Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida".

Este domingo se examina la reacción, ya no de los judíos, sino de los discípulos: "Muchos de sus discípulos, al oírle, dijeron: Es duro este lenguaje. ¿Quién puede escucharlo?". Esta es la reacción del círculo más cercano de "sus discípulos", de los que habían confiado en él y dejándolo todo lo habían seguido. Ante estas palabras de Jesús se exigía un acto de total abandono, del abandono más difícil para el hombre: se trataba de confiar en Jesús hasta ese punto al cual la razón humana no alcanza, y aceptar como verdad algo que la razón humana no puede controlar. Es que aquí se trata de una verdad revelada. Había que decir: "Es duro este lenguaje, es imposible de entender; pero si él lo dice, aunque yo no lo entienda, es así". Esto es un acto de fe. Cuando la Iglesia anuncia el misterio de la Eucaristía no hace nada nuevo. No hace más que repetir con fidelidad la palabra de su Señor. Para aceptar este misterio se necesita un idéntico acto de fe.

Se desarrolla en sus discípulos la resistencia interior, eso que la Escritura llama "la murmuración". Jesús no vacila en llamar las cosas por su nombre: "¿Esto os escandaliza? ¿Y cuando veáis al Hijo del hombre subir adonde estaba antes?". Lo que los discípulos sufren es escándalo. El mismo que habían aceptado como maestro los desilusiona completamente con esto que dice ahora. Esto no lo pueden aceptar. El resultado es este: "Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y ya no andaban con él". Es interesante

notar que el punto que determinó la crisis fue un punto de fe y más precisamente la revelación sobre la Eucaristía. También hoy muchos de los que se llaman "cristianos" encuentran obstáculo en esta enseñanza y no la aceptan. Es porque la razón exige entender antes que el hombre dé su asentimiento. Refiriéndose a este grupo de "sus discípulos" Jesús observa: "Hay entre vosotros algunos que no creen". El acto de fe, en cambio, sigue el camino contrario: se abandona y confía sólo en atención a quien revela y, recién entonces, el creyente recibe una luz abundante que le permite ver.

Jesús explica esto mismo en otros términos. Aquí estamos hablando de cosas espirituales que son las que dan la vida: "El espíritu es el que da la vida". La carne, en cambio, es lo que el hombre puede alcanzar con sus propias fuerzas naturales. Recordamos cuando en Cesarea de Filipo Pedro reconoce a Jesús como "el Cristo, el Hijo del Dios vivo". Ese fue un acto de fe y por eso Jesús le dice: "Esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre (la razón humana) sino mi Padre que está en el cielo" (Mt 16,17). En el campo de la verdad salvífica, "la carne no sirve para nada". Hay personas muy inteligentes y superdotadas en el campo de la ciencia y la técnica -de la carne-, pero ignorantes en el campo de las verdades eternas -del espíritu-. Constatamos que a pesar de los inmensos adelantos tecnológicos, subsisten en el mundo graves episodios de muerte que el hombre no logra resolver. Jesús explica: "La carne no sirve para nada... mis palabras son espíritu y vida". La salvación del mundo está en la aceptación de la palabra de Cristo, y no es obra del esfuerzo humano. En la medida en que el hombre confíe solamente en su razón y en su fuerza, excluyendo a Cristo, en esa medida seguirá difundiéndose la civilización de la muerte. En el Evangelio de hoy Cristo nos pide aceptar su palabra acerca del "pan de vida".

Finalmente entra en escena el grupo más íntimo de Jesús: los Doce. Jesús, abandonado por todos, se queda solo con ellos y también a ellos los pone ante la opción de fe: "¿También vosotros queréis marcharos?". Viene la respuesta magnífica de Pedro, la respuesta de fe, que no le reveló la carne ni la sangre, sino el Padre: "Señor, ¿donde quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y sabemos que tú eres el Santo de Dios". El orden de los verbos "creer" y "saber" no es indiferente. Ese es el orden que exige el conocimiento de la verdad revelada. Primero se "cree" y después se "sabe" -se comprende-, y nunca al revés. Pedro primero creyó en Jesús y después, supo que él era el Santo de Dios (quiere decir "el Ungido de Dios", es decir, el Cristo). La frase: "Tú tienes palabras de vida eterna" es una profesión de fe en Cristo.

Todo el sexto capítulo de San Juan es una puesta en escena de aquella alabanza que Jesús dirigió a su Padre: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios e inteligentes y las

has revelado a la gente sencilla" (Lc 10,21). Los apóstoles eran gente sencilla; ellos confiaron en Jesús y creyeron que su carne era verdadera comida y su sangre verdadera bebida. Para ellos se hizo plena luz el día de la última cena, cuando Jesús, tomando un pan dijo: "Tomad y comed todos de él, porque esto es mi cuerpo, que será ofrecido en sacrificio por vosotros"; y tomando el cáliz, dijo: "Tomad y bebed todos de él, porque este es el cáliz de mi sangre, que será derramada por vosotros". En el Prefacio de la Santísima Eucaristía expresamos nuestra fe diciendo: "Su carne inmolada por nosotros es alimento que nos fortalece; su sangre derramada por nosotros, es bebida que nos purifica".

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción